



Patronato de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA

La presente colección bibliográfica digital está sujeta a la legislación española sobre propiedad intelectual.

De acuerdo con lo establecido en la legislación vigente su utilización será exclusivamente con fines de estudio e investigación científica; en consecuencia, no podrán ser objeto de utilización colectiva ni lucrativa ni ser depositadas en centros públicos que las destinen a otros fines.

En las citas o referencias a los fondos incluidos en la investigación deberá mencionarse que los mismos proceden de la Biblioteca del Patronato de la Alhambra y Generalife y, además, hacer mención expresa del enlace permanente en Internet.

El investigador que utilice los citados fondos está obligado a hacer donación de un ejemplar a la Biblioteca del Patronato de la Alhambra y Generalife del estudio o trabajo de investigación realizado.

This bibliographic digital collection is subject to Spanish intellectual property Law. In accordance with current legislation, its use is solely for purposes of study and scientific research. Collective use, profit, and deposit of the materials in public centers intended for non-academic or study purposes is expressly prohibited.

Excerpts and references should be cited as being from the Library of the Patronato of the Alhambra and Generalife, and a stable URL should be included in the citation.

We kindly request that a copy of any publications resulting from said research be donated to the Library of the Patronato of the Alhambra and Generalife for the use of future students and researchers.

***Biblioteca del Patronato de la Alhambra y Generalife
C / Real de la Alhambra S/N . Edificio Nuevos Museos
18009 GRANADA (ESPAÑA)
+ 34 958 02 79 45
biblioteca.pag@juntadeandalucia.es***

APOLOGIA
DE
L'ESPAÑA

J. P. FORNER

A-6
2
12



Rich. Ford



P.C. Ministerio de la Alhambra
CONSEJERA DE CULTURA

DUCTA



✓

General

**BIBLIOTECA DE
LA ALHAMBRA**

Est. A-6

Tabl. 2

N.º 12



JUNTA DE ANDALUCIA

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA

Ford's Book plate & autograph



JUNTA DE ANDALUCÍA

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalif
CONSEJERÍA DE CULTURA

R. 188

ORACION APOLOGÉTICA

POR LA ESPAÑA

*Rub Ford
Levita
1832*

Y SU MÉRITO LITERARIO:

PARA QUE SIRVA DE EXÓRNACION

AL DISCURSO

LEIDO POR EL ABATE DENINA

EN LA ACADEMIA

DE CIENCIAS DE BERLIN,

RESPONDIENDO Á LA QUÉSTION

QUÉ SE DEBE Á ESPAÑA?

POR D. JUAN PABLO FORNER.



EN MADRID EN LA IMPRENTA REAL.

1786.

Donativo del Sr. Conde de
Romanos á la Biblioteca
de la Alhambra. 1900

JUNTA DE ANDALUCIA

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife

Mibi vero cuncta rimanti, & à primis Hispaniae habitatoribus statum & fortunam nationis nostrae per acta retro saecula repetenti, talis contra vituperatores hispanae eruditionis defensionis ratio occurrit, qualem neque repudiabunt Itali, nec despicient Germani, nec Galli postremo non accipient.

Alfons. Gars. Matam. de *Academ.*

& *Doct. Hispan. Vir.*

P.C. Monum. de la Cámara y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA



JUNTA DE ANDALUCÍA

AL LECTOR.

Mi primer designio fué publicar traducido el Discurso del Abate Denina, no tanto porque lo considerase preciso para su inteligencia, siendo tan vulgar la lengua en que está escrito, como para hacerle comun en España, y facilitar su lectura á los que desearan ver de qué modo podia haber desempeñado nuestra defensa un autor extrangero. Fué tambien mi intencion haberle ilustrado con abundantes Notas, supliendo su escasez, indicando los testimonios que aseguran la certeza de sus aserciones, y aumentando otras noticias igualmente gloriosas para nuestra nacion, que ó no tuvo presentes Denina, ó las omitió de propósito por acomodarse á la nimia brevedad de un Discurso académico: y en efecto tenia ya adelantada mucha parte de estos trabajos. Pero el dictámen de un varon, no ménos ilustre por su saber, que por sus infatigables des-

II

velos en beneficio de la patria, me apartó de este intento, haciéndome considerar que nuestras Apologías no deben escribirse para nosotros, sino para convencer á los extrangeros que nos acusan, y á los que entre ellos dan crédito á las acusaciones; para cuyo fin era enteramente inútil la traduccion del Discurso de Denina, respecto de estar escrito en lengua que se entiende generalmente en Europa, y no haber por esto mas necesidad que la de reimprimirle en su original, dado caso que quisiésemos hacerle mas conocido dentro y fuera de España.

Esta consideracion, que es en verdad prudentísima, me hubiera reducido á contentarme con dirigir la reimpression del Denina, si no hiciera la casualidad que mereciese la aprobacion de hombres inteligentes una Oracion que habia yo escrito poco tiempo há en defensa de nuestra literatura, con solo el fin de exercitar mi estilo en la eloqüencia Castellana.

na. No diré que sus persuasiones (porque ¿qué autor las necesita para dar al público los instrumentos de su vanidad ó de su interés?); pero el favorable voto con que la han vuelto á mis manos las personas á quienes yo la he fiado privadamente, me resolvió en fin á pensar en hacerla pública, siquiera por aprovechar en utilidad de la patria las tareas de aquellos pocos momentos que no me usurpan las indispensables obligaciones de la vida civil. Ofrecióse oportunamente la reimpression del Discurso de Denina, y parecióme agregarle mi Oracion como en suplemento é ilustracion suya. Confirmóme en este propósito el voto de aquel mismo varon ilustre que dixé ántes; y no me quedó que hacer mas que obedecerle, y darle aquí un testimonio de mi reconocimiento.

Si los lectores esperan hallar en mi Oracion una Apología completa de la sabiduría de España, quedarán engañados.

Si

Si esperan pesadas investigaciones críticas, y largos catálogos de citas y testimonios, lo quedarán mucho mas. Harto ofrecen hoy los escritores en lo portentoso de sus títulos: y no hay, á fe, gran necesidad de que aumente yo el número de los que con portadas y prefaciones magníficas nos incitan á leer sandeces estupendas. Mi propósito fué escribir, mas como Declamador, que como Historiador crítico. Sujetéme á la estrechez de una sola hipótesis ó proposicion fundamental que llamase hácia sí todas las partes del discurso, dando por supuesta la verdad de los hechos, probados ya de mil y mil modos en las obras extensas de los Apologistas que me han precedido. Esta sujecion influyó necesariamente en la eleccion de las pruebas, que no podian ser otras que las que se dirigiesen á la confirmacion de la hipótesis fundamental. Quise ser orador, y ajusté á este fin el color del estilo y la distribucion de las partes: y como

mo dice Ciceron , y sin que él lo diga lo enseña la misma inspiracion natural, que la Oratoria y la Poesía tienen estrecho parentesco entre sí en lo que toca á los ornatos del estilo y al ayre extraordinario con que visten ámbas artes los argumentos que se encaminan á la persuasion: sin estar en mi mano me acerqué á veces á la energía poética, no sé si siempre con oportunidad, porque en el calor de la composicion con dificultad modera el entendimiento los ímpetus de la agitacion interior, poco escrupulosa en expresar los objetos con mayor ó menor viveza, segun la impresion que hacen en el ánimo. Si hay defecto en esto yo no lo acertaré á decir. Pero si las artes son hijas de la imaginacion, y el oficio principal de esta es la viva imitacion y representacion de las cosas, tengo para mí que la frialdad y exáctitud nimiamente estudiada son defectos ménos tolerables en ellas que el exceso en el estro ó agitacion quando no es del todo des-

desenfrenada é impertinente. La Poesía y la Oratoria, así como aman la prudente economía y regularidad en el todo de la composicion, aborrecen de muerte á los talentos que deben las figuras é imágenes mas á la observancia de las reglas y preceptos menudos, que á la inspiracion íntima. El arte no sirve para crear grandes poetas ú oradores: sirve solo para que los que nacen tales eviten las extravagancias, y sepan el camino por donde deben conducir sus talentos. Y esta reflexiön pudiera librarnos de mucho número de malos versos y prosas mezquinas, si los hombres fuesen capaces de estimarse en lo que valen, y contenerse.

Advirtió tambien el mismo Ciceron que la sabiduría desamparada de la eloqüencia es de poco provecho para las ciudades; pero la eloqüencia desamparada de la sabiduría no solo inútil, sino muchas veces perjudicial. Y ciertamente si la eloqüencia no es mas que una modificacion,

VII

cion, ó, digámoslo así, un afeyte de los pensamientos; siendo estos frívolos ó sofisticos, ¿qué mérito le queda al ornato? Una Apología que se encamine á autorizar los engaños ó los errores, tanto mas abominable será, quanto mas excelente en el desempeño. Sobre todo las Apologías de la literatura de una nacion pueden ocasionar daños gravísimos, si no se fundan en la verdad, y carecen del conveniente temperamento. La defensa no debe recaer sobre los abusos que en grande número reynan, ya de un modo, ya de otro, en todas naciones y países. Tal vez nuestros acusadores nos culpan justamente en algunas cosas; y entónces, si faltan á la urbanidad y al decoro en las expresiones con que nos reprehenden, la mejor Apología es hacer ridícula su desvergüenza, y procurar aprovecharnos á la sordina de la substancia de las acusaciones. Pero los hombres saben rara vez contenerse en el justo medio. Hay entre nosotros quienes creen

VIII

creen muy de corazon que todo se sabe en España, y que nuestros métodos de enseñar son los mejores del mundo; y hay otros que todo creen que se ignora, y nos ven como hundidos en una lastimosa barbarie. Yerran unos y otros imprudentemente: porque ni todo lo que se sabe en España es lo mejor; ni tampoco se dexa de saber lo necesario, lo conveniente, y aun mucha parte de lo superfluo. Lo digo en la Oracion, y lo repito aquí. Las Repúblicas de Esparta y Roma no diéron de sí Platones ni Zenones, grandes soñadores de mundos; y no por eso desmereció el crédito de una y otra en la consideracion de la posteridad. Supiéron la filosofía que bastaba para practicar dignamente las virtudes humanas y civiles; y dexáron á la cabilosa Atenas la ocupacion de soñar sistemas, y disputar sobre la realidad de sus mismos sueños. Es cierto que las artes de puro recreo viven de la superfluidad, y que la austeridad del saber y de las costum-

tumbres da pocas apariencias de esplendor á los pueblos que la exercitan. Pero esta falta de esplendor que nada añade á la felicidad de la vida, ni hace mejores á los hombres, puede solo ser considerada como defecto entre gentes que pongan el mérito de las cosas en la posesion y uso de las que no aprovechan, ó tal vez dañan. Quando se trata de determinar el precio literario de una nacion es menester fixarse en el género de literatura que da honor al entendimiento, y esparce bienes legitimos en el linage humano. La nacion que haya cultivado y cultive esta especie de saber, es sábia, y muy sábia sin duda. La exterioridad de las cosas añade poco á su esencia. Lucrecio fué mas elegante que Lucano: pero Lucano inspira mas virtud que Lucrecio en aquel su estilo hueco é impetuoso. He aquí el mérito sólido y real, por mas que no sea el mas fino. ¿Qué utilidad ha traído á los hombres toda la agudeza y buen gusto de un Voltaire, si toda aque-
lla



Ha agudeza y buen gusto se empleó en sobreponer apariencias artificiosas á los sofismas , y en escarnecer , no mejorar á sus semejantes? Fué discretísimo el dicho de Walpole en la carta que escribió á Mr. Hume , declarándose autor de una sátira que se habia esparcido contra Juan Jacobo Rousseau. *Todos los talentos del mundo (le decia) no me impedirán reirme del que los posee , si con todas sus talentos no veo en él mas que un charlatan.*

No es esto decir , ni es tal mi intencion , que en el tratamiento de las ciencias y artes útiles se abandonen del todo la discreta cultura , y la elegancia que derrama el buen gusto. Esta persuasion sería dañosa á los adelantamientos de las mismas ciencias y artes útiles , y pondría á una nacion de parte de la barbarie y de la extravagancia. Digo solo que la elegancia que se desperdicia en sugetos frívolos ó dañosos es de ningun mérito : y que puestos en la balanza de la razon los modos de

de saber de diversos pueblos , debe preponderar la utilidad, aun quando aparezca algo desaliñada, á la vanidad elegante y magnífica. Las falsas opiniones que recibimos en la educacion , en la enseñanza, en el trato y en la lectura , han ahogado, por decirlo así, nuestro discernimiento, que trabajosamente distingue ya en las cosas el verdadero precio : y este error es propio de todas las naciones, aun de las mas científicas. Confiesan los Franceses con ingenuidad que Descartes fué un novelista ; y con todo eso quieren hacerle pasar por el promotor de la filosofía en Europa, como si su filosofía se desemejase mucho de la que dominaba en las sectas de la antigüedad. Su tratado *Del método* es nada en comparacion de los libros *De la corrupcion de las artes* de Juan Luis Vives, que le antecedió buen número de años. Las obras morales de este, solas por sí, valen tanto por lo ménos como toda la filosofía Cartesiana : y oxalá pueda yo de-

mostrar en algun tiempo á los jactanciosos Filósofos de nuestro siglo, que en el conocimiento del hombre, y en la enseñanza de sus deberes no han adelantado una sola verdad á lo que dexó escrito aquel gran varon. ¿Quién osará negar que estas tareas son mas provechosas al género humano que la ordenacion de un mundo imaginario que sirvió solo para entretener cosa de medio siglo la habitual discordia de los Filósofos, y cayó despues en el olvido en que sucesivamente van cayendo todos los sistemas? Descartes sin embargo que fué indubitablemente ménos que Aristóteles, y que valió al poco mas ó ménos tanto como un Zenon ó como un Demócrito, pasará por el esparcidor de la sabiduría en Europa: y Juan Luis Vives que enseñó los caminos de hacer útil la sabiduría, que descubrió los extravíos del entendimiento, que manifestó de qué modo se habia errado en la formacion de las ciencias, que dictó las leyes del buen gusto y de la verdad,

dad, apenas dará materia á un elogio lánguido y pasajero; y el país que le produjo, y el clima que inspiró en él aquel talento reformador pasará por rudo y bárbaro en la boca de aquellos mismos que venerarán á Descartes, como al ídolo de la filosofía.

Tal es en el fondo el propósito de mi Oración: demostrar el mérito de la sabiduría de España por la utilidad de los asuntos á que han consagrado su aplicación los doctos Españoles. Y ya se ve que tal demostración no pedía ni gruesos tomos, ni gran amontonamiento de menudencias. La filosofía (que anda tan válida en nuestro siglo) era el apoyo fundamental en que había de estrivar el convencimiento: y ella es á la que me atuve, investigando, por el exámen de la naturaleza y necesidades del hombre, el mayor ó menor valor de sus descubrimientos científicos, como se ve en el largo discurso filosófico que da entrada á la segunda Parte. Detú-

ve-

veme en él adredemente, y desmencué las cosas; porque aquel exâmen es, por decirlo así, el semillero de las pruebas que confirman mis aserciones particulares, y sin él nada quedaria probado con evidencia. Manifiesta tambien mi principalísimo designio, que fué, no escribir una Apología circunstanciada (la mejor es la Biblioteca de D. Nicolas Antonio: reimprimiéndola nada le queda que decir á la malignidad), sino ceñirme al punto céntrico de la sabiduría útil; y sin salir de aquí, con poca verbosidad y corto número de hechos dar una demostracion que no dexase lugar á la réplica. Nuestros sabios, ni aun los Teólogos, no han sido jamas perniciosos á su patria ni á las réctas inclinaciones de la humanidad: no han suscitado sediciones, no han alborotado pueblos, ni han sustentado con el furor y sangre de un vulgo supersticiosamente crédulo una tiranía hipócrita, disfrazando con piadoso velo de religion los sentimientos

mientos mas bárbaros y sacrílegos. Nunca se les ha visto ir á predicar la rebelión á los poderosos, ni tocar á degüello en las Universidades, convirtiendo en sangrientas batallas de Marte las pacíficas controversias de la opinion. En subordinacion tranquila se han dado del modo que han podido al estudio de la verdad, y sin perjudicar á los hombres han trabajado en utilidad de ellos mas de una vez. Esto merece en verdad algun reconocimiento, diga lo que quiera el inexorable Masson. Y ¿por qué la exposicion de lo que hemos sido no servirá tambien para despertar la emulacion de los que hoy vivimos, á vista del camino que nos allanaron las tareas de nuestros mayores, y de los grandes exemplos que nos convidan á la imitacion?

Por mas que el nombre de *Apologista* sea tratado con cierto ayre de irrision en las censuras de algunos que se han empeñado en ser reformadores universales, yo no me arrepentiré jamas de haber orado

XVI

la causa de mi patria contra la calumnia ó contra la maledicencia. Harto mas glorioso es erigir ilustres monumentos á la memoria de los grandes hombres de cuya mano hemos recibido los documentos de la verdad y de la virtud, que pasar el tiempo en la triste y obscura ocupacion de reprehender lo que otros hacen, pudiendo emplearle mas provechosamente y con ménos disgusto en dar buenos ejemplos para la enseñaanza. Los elogios del mérito son el mejor y mas vivo incitamento de las virtudes y de la aplicacion. Para este fin se han establecido en todas las naciones que han querido poseer ciudadanos sabios y virtuosos. La nuestra ha sido hasta ahora mas fecunda en méritos que en panegiristas, y no es pequeña gloria. Introdúcese el laudable uso de derramar algunas flores sobre los sepulcros de los que en España hicieron gloriosa la racionalidad, y halla reprehensores entre nosotros mismos. Si nos descuidamos, á

tí-

XVII

título de correccion de abusos , nos harán presto delitos de las mismas virtudes. Los extranjeros suelen ser jactanciosísimos de sus cosas , y quizá la segura esperanza de la celebridad los instiga las mas veces á empeñarse en árduas tareas , y consumarlas. Hubiera acá este hervor , y no les seriamos inferiores en cosa alguna. Pudiéramos entónces hallar objetos dignos de elogio en la edad presente , como los hallamos en gran número en las pasadas.



P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA



POR LA ESPAÑA
Y SU MÉRITO LITERARIO
ORACION APOLOGÉTICA.

PARTE PRIMERA.

LA gloria científica de una nacion no se debe medir por sus adelantamientos en las cosas superfluas ó perjudiciales. Igual la república de las letras á la civil en los fundamentos de su verdadera perfeccion y felicidad, debiera solo adoptar como meritorios y estimables los establecimientos ó sistemas que le son útiles : y pesando con madura y pausada meditacion el
fin



fin á que están destinadas las ciencias y las artes, los aditamentos que necesitan para su uso, qué beneficios pueden sacar de ellas los hombres, y de qué modo han de tratarse para que ocasionen la utilidad á que se dirigen; desnudándolas de aquella pomposa superfluidad con que se ofrecen hoy mas al deleyte que al beneficio de la vida, reducir las á los sucintos círculos del provecho y de la verdad, sin aplicar una injusta estimacion á los vanos entendimientos, que por capricho ó por ambicion los rompen ó atropellan. Si los sabios de todos los siglos hubieran pensado así desde el mismo origen de la sabiduría, los enormes cuerpos de estos magníficos colosos que se llaman ciencias ¿se compondrían hoy por la mayor parte de sombras y apariencias vanas, bultos portentosamente grandes y espléndidos quando se ven de léjos, pero livianos, faltos de solidez y nieblas oscuras quando se exâmina con la mano su consistencia?

No es saber el saber opiniones, ó el inventar sueños abstractos para sujetar á un capricho las leyes de ámbas naturalezas física y espiritual, en lugar de observar las de una y otra en sus efec-

efectos, segun los designios del Omnipotente. ¿Qué utilidades ha logrado el género humano con las Ideas de Platon, el Materialismo de los Estoycos, las Qualidades de los Peripatéticos, los Átomos de Epicuro, y con los antojos doctos, pero improbables de tantos hombres eminentes, que habiendo nacido para enseñar á sus semejantes, los metieron en la confusion, y los habituáron á la esteril ocupación de fingir? Solon, Licurgo, Pericles, Sócrates y los que como ellos, haciendo práctica la sabiduría, la trasladáron al uso y bien de la humanidad, son los únicos que deberian influir en el crédito literario de una nacion. En la antigüedad nadie tuvo por bárbaros á los Lacedemonios, aunque carecian de Academos, de Estoas y Peripátos. Su ciencia era el ejercicio de la virtud; su saber la obediencia á las leyes; su gloria pensar y obrar bien. Donde sobresale este género de sabiduría poca falta hacen los sistemas vanos, y el inmenso índice de las opiniones que propaga sucesivamente la vanidad. Las disputas, las sectas, los sofismas, las adivinaciones científicas que llenaban el ámbito de la grande Atenas,

aña-

añadian á esta ciudad una pompa y ornato admirable que llamaba á sí la atencion de las demas gentes, sencillamente embelesadas con aquellos sutiles y oscuros razonamientos de los Filósofos: pero los fundamentos de su legislacion y los institutos de la felicidad pública mucho ántes se establecieron en ella, que el saber se reduxese á sostener pertinazmente las opiniones de quatro ó seis meditadores, que lograron séquito porque nacióron en la infancia de este cuerpo, en parte fantástico, que se llama Filosofia. Ántes hubo en Atenas varones justos que Ideas Platónicas; ántes virtudes civiles que Elementos Peripatéticos; ántes las verdades útiles y constantes de la sabiduría que Intermundios Epicúreos ó Números Pitagóricos. Las ficciones nacen ordinariamente despues que se ha agotado el descubrimiento de las verdades; y una nacion, en poseyendo estas, debe reputar aquellas como una superfluidad mental que adorna, pero no sirve.

Casi toda la Europa está hoy hirviendo en una especie de furor, por querer cada nacion levantar y engrandecer su mérito literario sobre las demas que se le disputan. Se escriben Memorias;

rias; se amontonan y acinan Bibliotecas; se desentierran antiguos monumentos; se hacen paralelos que el amor de la patria inclina siempre á favor de la que dió nacimiento al Apologista. Los sistemas, que eran ántes una posesion de las ciencias abstractas, han pasado á las historias de la literatura; y se insertan en ellas novelas muy enlazadas, no de otra suerte que enlazó Leibniz su Optimismo con las questões de la bondad de Dios y de la libertad..... Trabajos laudables, dignos, provechosos: porque al fin se ponen á la vista los progresos de los mejores siglos, y la emulacion produce desengaños útiles, y despierta y hace abrir los ojos á los que se encaminan por la áspera senda del saber. Pero en verdad ¿se ha determinado hasta ahora á punto fixo en qué consiste el verdadero mérito literario? ¿Será la literatura de una nacion superior á la de otra, porque en aquella abunde mas que en esta el número de los sistemas vanos, de los sofismas y de las opiniones inaveriguables? Ni la inmensidad de las bibliotecas que puede presentar cada nacion es un argumento irreplicable de su superioridad liter-

teraria. Quarenta ó cinquenta libros que ha perdonado á la antigüedad la barbarie de los siglos medios disputan hoy la gloria á los muchos millones de tomos que pueden oponerla Alemania, Italia, Francia é Inglaterra. Es menester confesarlo: solos Juan Luis Vives y Francisco Bacon de Berulamio han conocido en el mundo el mérito intrínseco, el valor real de la sabiduría, y solos ellos eran capaces de desempeñar dignamente el aprecio de la de cada nacion. Yo sé que no se hubieran deslumbrado ni con la máquina de los Torbellinos, ni con los enlaces de los Átomos, ni con la vitalidad de las Mónades, ni aun tal vez con las famosas leyes de la Gravitacion. Venerando la eminencia de talentos tan singulares que acertaron á sujetar el orbe al arbitrio de su imaginacion é ingenio, mirarian sus invenciones como nacidas para poner en olvido á las de los antiguos, y que serán sucesivamente ofuscadas y obscurecidas por la industria de los venideros. En las mismas ciencias prácticas tratarian con desden, ó despreciarian quanto se alejase de su fin, y de lo que en ellas puede saberse con evi-

evidencia y verdad. En la balanza de su juicio pesarian poco ó nada el Mecanismo en la Medicina, el Escolasticismo en la Teología, la Opinion comun en la Jurisprudencia..... Nada de quanto oliese á sistema arbitrario lograria aprecio en su estimacion para aumentar el valor científico de un pueblo ó gente. Las artes mismas inventadas para el recreo y entretenimiento las medirian por las reglas de la verdad y de la utilidad: estrecharian el saber á estos seguros límites, é introduciéndose en la íntima conexión de las ciencias con la constitucion de la vida racional, declararían finalmente por sábias y cultas á aquellas naciones que no ignorasen ninguna de las verdades útiles, y reputarian entre ellas por mas aventajadas á las que de qualquier modo hubiesen enseñado al resto de los hombres mayor número de esta especie de verdades.

Infelizmente hemos nacido en una edad, que dándose á sí misma el magnífico título de filosófica, apenas conoce la rectitud en los modos de pensar y juzgar. Vivimos en el siglo de los oráculos. La audaz y vana verbosidad de



de una tropa de sofistas ultramontanos, que han introducido el nuevo y cómodo arte de hablar de todo por su capricho, de tal suerte ha ganado la inclinacion del servil rebaño de los escritores comunes, que apenas se ven ya sino infelices remedadores de aquella despótica resolución con que poco doctos en lo íntimo de las ciencias hablaron de todas antojadizamente los Roseaus, los Voltaires y los Helvecios. La oportuna erudicion, y el conocimiento debido de las doctrinas que ha trasladado á nosotros la antigüedad industriosamente descubridora, ó se desprecian, ó se gustan en sucintos é infieles diccionarios, donde dislocadas, si no trastornadas las noticias, se pierden y rompen las conexiones de los sistemas. En cada libro hallamos un oráculo: en cada escritor un censor inexorable de los hombres, de las opiniones, de las costumbres, de las naciones, de los estados, del universo. Tal es lo que hoy se llama Filosofía: imperios, leyes, estatutos, religiones, ritos, dogmas, doctrinas, usos, estilos que la dignidad ó la santidad ofrecen como venerables, y como destinados al ejercicio ó á la

con-

consagracion, son atropellados iniquamente en las sofisticas declamaciones de una turba, á quien con descrédito de lo respetable del nombre se aplica el de Filósofos, y se debiera en el mismo sentido con que á los charlatanes dió Pitágoras en otro tiempo el de Sofistas. Nada sirve, nada vale en la consideracion de dictadores tan graves y profundos, sino lo que se acomoda con sus repúblicas imaginarias, con sus mundos vanos, y con el antojo de sus delirios. No hay gobierno sabio, si ellos no le establecen; política útil, si ellos no la dictan; república feliz, si ellos no la dirigen; religion santa y verdadera, si ellos, que son los maestros de la vanidad, no la fundan y determinan. Ellos, á quienes nosotros desde el asilo de la razon los vemos perdidos y como vagantes en una region obscura y tenebrosa palpando sombras y tropezando entre las tinieblas, son con todo eso, si los creemos, los dispensadores de la luz; espíritus intrépidos; nacidos para el desengaño de los mortales, para el esparcimiento de la verdad..... Dignos, cierto, de ser compadecidos, si limitándose al solo y gracioso ministerio de delirar,

rar, no juntasen la malignidad al delirio, y á la ignorancia las atrevidas artes de la impostura.

No se crea declamacion ó sátira de Español ardiente y acalorado, segun el estilo vulgar, contra los extrangeros esta que no es sino una demostracion del origen de las calumnias con que nos denigran. ¿Qué nacion hay hoy sobre cuya constitucion, sobre cuyo saber se dispute mas, se dude mas, se calumnie mas, se falte mas á la razon, á la verdad, á la justicia, al decoro? Á nadie hemos provocado, y furiosamente nos acometen quantos del lado de allá de los Alpes y Pirineos constituyen la sabiduría en la maledicencia. Hombres que apenas han saludado nuestros anales, que jamas han visto uno de nuestros libros, que ignoran el estado de nuestras escuelas, que carecen del conocimiento de nuestro idioma, precisados á hablar de las cosas de España por la coincidencia con los asuntos sobre que escriben, en vez de acudir á tomar en las fuentes la instruccion debida para hablar con acierto y propiedad, echan mano, por mas cómoda, de la ficcion; y texen á costa de la triste Península novelas y fábulas

tan

tan absurdas como pudieran nuestros antiguos Escritores de caballerías. Este es el genio del siglo. La verdad de los hechos pide largas y menudas averiguaciones que no se compadecen bien con los que sujetan el saber á la vanagloria. Quatro donayres, seis sentencias pronunciadas como en la tripode, una declamacion salpicada de epigramas en prosa, cierto estilo metafísico sembrado de voces alusivas á la Filosofía con que quieren ostentarse Filósofos los que tal vez no saben de ella sino aquel language impropio y afectado, se creen suficientes para que puedan compensar la ignorancia y el ningun estudio. Así lo hizo Voltaire, y así lo debe hacer la turba imitatriz. Aquel escribió una fábula de todo el mundo en su Ensayo sobre la historia universal; y sus doctos secuaces deben de haber tomado á su cargo dividir el mapa general, y escribir en particular fábulas de cada provincia. Los Franceses las forjan de los Italianos, y estos de los Franceses: pero al tratar de España, olvidada la recíproca desestimacion, se unen entre sí, y se abalanzan á ella, no de otro modo que los jactanciosos xefes de la moderna incre-

credulidad, combatiéndose, motejándose, y viviendo en continua guerra unos con otros por la discordia en las opiniones y por la ambición de la primacía, se unen solo quando se trata de impugnar la verdad en la mas santa y mas magnífica de todas las religiones.

España ha sido docta en todas edades.

¿Y qué, habrá dexado de serlo en alguna porque con los nombres de sus naturales no puede aumentarse el catálogo de los célebres soñadores?

No hemos tenido en los efectos un Cartesio, no un Neuton: démoslo de barato: pero hemos tenido justísimos legisladores y excelentes filósofos

prácticos, que han preferido el inefable gusto de trabajar en beneficio de la humanidad á la ociosa ocupacion de edificar mundos imaginarios:

en la soledad y silencio de un gabinete. No ha salido de nuestra Península el Optimismo, no la

Harmonía preestablecida, no la ciega é invencible Fatalidad, no ninguno de aquellos ruidosos sistemas ya morales, ya metafísicos, con que ingenios mas audaces que sólidos han querido convertir en sofistas, porque ellos lo son, á todos

los hombres, y trocar en otro el semblante del uni-

universo; pero han salido varones de un juicio suficiente para conocer y destruir la vanidad de las opiniones arbitrarias, suministrando en su lugar á las gentes las doctrinas útiles, y señalando las sendas rectas del saber segun las necesidades de la flaca y debil mortalidad. Si el mérito de las ciencias se ha de medir por la posesion de mayor número de fábulas, España opondrá sin gran dificultad duplicado número de novelas urbanas á todas las filosóficas de que hacen ostentacion Grecia, Francia é Inglaterra. Y no se atribuya á donayre ó jovialidad este que parecerá extraño y poco regular parangon. Las ficciones que van fundadas en la verosimilitud, sin otra norma, objeto ó fin que el de pintar al mundo ó al hombre en ciertas situaciones y circunstancias, que aun quando no se hayan verificado pudieran bien verificarse, no se autorizan por la materia. Para mí entre el Quixote de Cervantes, y el Mundo de Descartes, ó el Optimismo de Leibniz no hay mas diferencia, que la de reconocer en la novela del Español infinitamente mayor mérito que en las fábulas filosóficas del Frances y del Aleman; porque siendo



todas ficciones diversas solo por la materia, la qual no constituye el mérito en las fábulas, en el Quixote logró el mundo el desengaño de muchas preocupaciones que mantenía con perjuicio suyo; pero las fábulas filosóficas han sido siempre el escándalo de la razon. Acrecientan y añaden peso al número de los engaños; el capricho coherente y bien enlazado toma en ellas la máscara de la verdad, y hace pasar por dogmas de la experiencia las que son conjeturas de la fantasía; tal vez pervierten las ideas mas comunes y recibidas, y por la ambicion de aparecer con singularidad desnudan al hombre de su mismo ser, trasladándole á regiones, imperios y estados imaginarios, dignos solo de habitarse por quien los funda; suscitan parcialidades, cuyos partidarios, sacrificando al vergonzoso ministerio de propugnar ficciones ajenas aquel talento émulo de la divinidad que se les concedió para levantarse por sí al descubrimiento y contemplacion de las verdades mas santas y mas augustas, le envilecen y hacen esclavo de la vanidad con injuria de la dignidad eminente de su naturaleza. En suma los sistemas de la filosofía, fábulas tan

da-

dañosas á los adelantamientos de las ciencias como las antiguas sibaríticas á la pureza de las costumbres, ninguna otra utilidad dan de sí sino la de admirar la extraordinaria habilidad de algunos hombres para ordenar naturalezas y universos inútiles, y aquellas apariencias admirables con que hacen pasar por interpretaciones de las obras de Dios las que son en el fondo adivinaciones tan poco seguras como las de los Arúspices ó Agoreros.

Estemos pues en la confianza de que las acriminaciones con que nos maltrata la precipitada malignidad de algunas plumas extranjeras, no proceden de nuestra ignorancia, sino de la suya; no de la escasez de nuestros progresos científicos, sino de las ideas poco fieles, ó mas bien falsas, que tiene de las ciencias el vulgo de los que las tratan, y en especial los que sin tratarlas hablan de ellas con magisterio. Señal es, quando acertamos á defendernos, que no ignoramos la substancia de los capítulos sobre que nos condenan. La Lógica no es entre nosotros un cúmulo de observaciones vulgares entretexidas con retazos de todas las artes, y por eso gritan que la ig-

noramos. No entendemos por Física el arte de sujetar la naturaleza al capricho, en vez del raciocinio á la naturaleza, y por eso claman que no la conocemos. Razonamos, no fingimos, en la Metafísica, y califican por ignorancia lo que es con propiedad no dar entrada al error. La Moral, la divina ciencia del hombre, la doctrina de su órden, de su fin, de su felicidad, la que une á la mas noble de las criaturas con su pródigo y liberal Criador, no ha sido entre nosotros todavía contaminada con aquellas legislaciones absurdas que hacen al hombre ó brutal, ó impío, ó ridículo, y atribuyen á barbarie la prudencia de no querer hacernos bestiales, impíos ó ridículos. En vano proponemos los nombres de nuestros grandes Teólogos; la ciencia de la religion no es de este siglo, y precisamente ha de pasar por bárbara aquella nacion en que se ha consumido mas tiempo, mas atencion, y mas papel en hablar de Dios y de sus inefables fines. Hemos tenido grandes Juristas, sapientísimos Legisladores, eminentes intérpretes de la razon civil, pero entre ellos ninguno ha escrito el espíritu de las leyes en epigramas, ni ha destruido en

en las penas el apoyo de la seguridad pública, ni se ha resuelto á perder el tiempo y el trabajo en fundar repúblicas impracticables; se han contentado con mejorar los establecimientos de aquella en que vivian: consiguientemente todos deben pasar por bárbaros y rudos. Nuestros Médicos, curando sin el Mecanismo, sin la fibra motriz, sin aquellas suposiciones vanas que adinvinan, no deducen las ocasiones y causas de las dolencias, y ateniéndose solo á la experiencia y observacion ¿cómo han de satisfacer la severidad infalible de nuestros jueces? Ni segun son sus juicios se debe esperar mayor benignidad en las artes. Nuestra lengua no permite versos en prosa, ni nuestros Poetas saben helarlos con una afectacion filosófica, fria é insípida, incompatible con las agitaciones del ímpetu divino: y ved aquí que, con nuevo é ¡inaudito modo de juzgar, no son buenos nuestros Poetas porque lo son realmente. Llamarán desaliño en nuestros Historiadores á lo que es sencilla y escrupulosa atencion á la verdad. Hinchazon apellidan la magestuosa sonoridad de nuestro idioma, imperceptible á los extrangeros que no la hablan como
ha-

hablaba Ciceron la de Atenas.... ¿Para qué me canso? Dan nombre de ignorancia á la juiciosa precaucion de no acomodarnos á las ideas poco justas que ellos tienen del saber: y porque en nuestra Península se hace poco aprecio de la arrogante ostentacion, y se desestima la peligrosa libertad de escudriñar los arcanos del Hacedor mas de lo que es debido, y de hablar de todo insolentemente, debemos sin remision sufrir la nota de poco cultos.

Y he aquí uno de los principales fundamentos en que apoyan sus acusaciones los que despues del extravagante Voltaire no saben pensar sino lo que él escribió. *En España no se piensa: la libertad de pensar es desconocida en aquella Península: el Español para leer y pensar necesita la licencia de un Frayle....* Pero ¿qué es lo que no se piensa en España, sofistas malignos, ignorantes de los mismos principios de la filosofía que tanto os jactais profesar? Es verdad: los Españoles no pensamos en muchas cosas; pero señaladlas, nombradlas específicamente, y dareis con ellas un exemplo de nuestra solidez y vuestra ligereza. *No se piensa en España: así es: no se pien-*

piensa en derribar las aras que la humana necesidad, guiada por una infalible revelacion, ha levantado al Árbitro del universo: no se piensa en conturbar el sosiego de la paz pública, combatiendo con sofismas indecorosos las creencias en cuya esperanza y verdad sobrellevan los hombres las miserias de esta calamitosa vida: no se piensa en arrancar del corazon humano los naturales sentimientos de la virtud, ni en apagar las secretas acusaciones que despedazan el interior de los delinquentes: no se piensa en elogiar las culpables inclinaciones de que ya por sí se dexa llevar voluntariamente la fragilidad de nuestra naturaleza. En nada de esto se piensa en España; ni los que la habitan tienen por ocupacion digna de sus reflexiones investigar defensivos al vicio, á la impiedad y á la sedicion. ¿Y querrán decir todavía nuestros acusadores que es bárbara la constitucion de nuestro Gobierno porque nos asegura de los tropiezos que trae consigo la licenciosa y desenfrenada libertad de pervertir los establecimientos mas autorizados, y las ideas que ha aprobado por verdaderas el general consentimiento de todas las gentes? Si
 en



en la República civil se prohíben santísimamente las acciones que desbaratan el nudo de la seguridad pública, en cuya basa se afirma y mantiene la sociedad, ménos desordenada que si los hombres viviesen rey cada uno y soberano de sí mismo, ¿por qué en la República literaria no se prohibirán con igual calificacion las doctrinas en que mezclada la avilantez con el sacrilegio, y con el magisterio vano la ambicion de pervertirlo todo, se atropellan los principios mas sagrados de la religion y de la sociedad? Será delito en el homicida despojar de la vida á su semejante; ¿y no será delinqüente el sofista por enseñar que en la accion del homicidio no hay maldad por naturaleza? Subirá al cadalso el sacrilego que usurpó al templo los vasos consagrados al ministerio del culto; ¿y le será lícito al falso filósofo declamar contra la santidad de los ritos, y erigirse en acusador de la religion que establece la paz y la virtud en la tierra? Será condenado á la rueda el rebelde, el comunero, el que se levanta contra la Autoridad suprema; ¿y se permitirá pacíficamente al insolente literato que esparza las semillas de la rebelion, trate de

tiranos á los depositarios de la justicia, y acuerde á los súbditos los miserables derechos de aquella libertad, que si permaneciese convertiria el mundo en un teatro horrible de violencias, de guerras, de usurpaciones y de maldades, que harian gemir á la naturaleza misma? ¿Qué privilegios dan las letras al hombre para que pueda persuadir y enseñar en los libros aquellas acciones que executadas se castigan con el dogal ó con la cuchilla? Cedamos, cedamos en buen hora á nuestros acriminadores el infame mérito de esta libertad mísera é iniqua, en que el abuso de la racionalidad, convertido á la adulacion de la malicia, da autoridad al vicio, y se hace defensor de las abominaciones. Pensemos siempre en la verdad y virtud, y trátennos en hora buena de rudos los que prefieren á la verdad el sofisma, y á la virtud los medios de justificar las acciones viciosas. Seámos bárbaros como Sócrates, y dexémosles la gloria de emular la sabiduría de los jactanciosos sofistas que le desacreditaban. Ménos importa nuestro descrédito para con ellos que nuestra corrupcion: vale mas ser sabios con sobriedad que caer por demasiada sabiduría en errores

res de que se avergonzaria lá misma insensatez.

Ni debemos tampoco sonrojarnos de confesar que se nos prohíbe la lectura de aquellos libros, que sin que se les prohíba dexan de leer los hombres que desean conservar incorrupta la pureza de sus costumbres. ¿Qué, acaso la sabiduría está reducida á un pequeño número de Obras menudas, en cuyas líneas nada se aprende sino lo que no se debe aprender? ¿Perderán su excelencia nuestras bibliotecas porque no comparezcan en ellas un Rosseau, que solicitó inutilizar la razon, reduciendo al estado de bestia al que nació para hombre; un Helvetius, que colocó en la obscena sensualidad los incitamentos del heroísmo, y extrañó la virtud de entre los mortales; un Baile, patrono y orador de quanto se ha delirado con título de filosofia; un Voltaire, gran maestro de sofistería y malignidad, que vivió sin patria, murió sin religion, y se ignora en todo que creyó ó dexó de creer? ¿Quién jamas ha echado ménos los falsos razonamientos y vanos caprichos para ser sabio, sino los que buscan la vanidad en la sabiduría, y aman pensar de qualquier modo, con tal que no piensen

sen como los demas hombres? Yo sé que serian ménos en algunas naciones las hogueras de libros encendidas por el executor de la justicia pública, si la constitucion de ellas ahogase en su origen la temeridad de las plumas desenfrenadas. Acá la legislacion nos obliga no solo á obrar, sino á pensar bien ⁽¹⁾, y por eso rara ó ninguna vez se ven executadas semejantes penas contra los libros: en otras partes ni la imposicion de las penas basta para refrenar la audacia de los escritores. Vemos en nuestros estantes, no sin aquel encogimiento que inspira la contemplacion de la dignidad del entendimiento humano, la serie de aquellos hombres eminentes que han sido en todos los siglos la gloria, y no el descrédito de la razon; aquellos que han procurado mejorar, no trastornar el mundo; que no han conocido en sus investigaciones otro blanco que el de la verdad, ni en sus vigiliass otra ambicion que la de ser útiles á sus semejantes. Leemos las especulaciones de la mente acompañadas de la rectitud de los pensamientos; y sin que en las opiniones de conjetura peligren los fundamentos de la verdad, de la justicia ó de la religion, exéntos de

erro-

errores peligrosos logramos una ciencia útil en la mayor parte, y en la que no lo es, segura á lo ménos de consecuencias perjudiciales. Equivocan pues vergonzosamente la libertad con el desfreno los que forman á nuestro Gobierno un odioso capítulo porque no nos permite ser delirantes, ni confundir con el verdadero saber la perversidad de la reflexión. Su filosofía habituada á maldecir de todo, no se halla en estado de considerar que la legislación mas perfecta es, no la que impone penas á los delitos, sino la que dispone medios para que no los haya. Castigar á un rebelde, á un impío, á un disoluto es cosa fácil; precaver la rebelion, la impiedad, la disolucion es no solo obra de una prudencia civil perspicacísima, sino la suma de todas las legislaciones, y el distintivo mas excelente de las que van mas ajustadas con los principios de la felicidad. No dexa de ser libre el que no puede robar; ni aquel á quien se le vedan los libros sofisticos ó disolutos dexa de ser libre tampoco. ¿Llamaré yo absurda ó tiránica á la legislación que me prohiba el uso de los tósigos, ó me quejaré de ella porque no consienta ha-

cer-

cerse frenéticos á los ciudadanos?

Una historia de nuestra literatura, en que se pusiesen á la vista, no listas áridas de escritores, sino los progresos del entendimiento humano en España en quanto concierne al ejercicio de las operaciones mentales, demostraria, con el carácter científico de los Españoles injustamente desacreditado en unos libros modernos de Italia, la solidez de sus adelantamientos; los objetos siempre útiles de su aplicacion; su indiferencia por todo lo que es capricho y vano saber; su inclinacion á aplicar las especulaciones al uso, y no á filosofar en materias estériles, sin servir de otra cosa á los hombres que de embeleso ó admiracion vanana; su severidad en juzgar; sagacidad en descubrir; parsimonia y continencia admirable en no dexarse llevar inconsideradamente de las novedades que traen solo la novedad por recomendacion. Europa se veria precisada á reconocer y agradecerla beneficios tanto mas estimables, quanto en el cambio ó trueque de los descubrimientos España resultaria deudora á las demas gentes de algunas invenciones mas agradables que útiles; pero estas á ella de muchos auxilios que hacen

ó ménos peligrosos ó mas tolerables los achaques de la humanidad contemplada de todos modos. ¡Oxalá fuese tanta mi suficiencia quantos son mis deseos de que este grande objeto se desempeñe con la debida extension y dignidad, pagando á la patria el tributo de un testimonio tan ilustre de su cultura, y demostrando al mismo tiempo la gran verdad de que ni la pompa ó esplendor con que se tratan ciertas ciencias, ni la multiplicidad de los racionios, ni el furor de filosofar en todo, bastan para tener á una nacion por verdaderamente sábia, ó para despojar á otra del mérito de la doctrina porque filosofe sin pompa, ó no filosofe en todo livianamente! Nunca tal vez llegaria á mejor tiempo este desengaño; en que fastidiada ya la razon y empalagada con la infinita muchedumbre y variedad de los sugetos que la ocupan, parece que se dispone á desechar las superfluidades, y da como muestras de quererse reducir á no saber en las ciencias sino aquello en que pueda y deba ser sábia. ¿Qué empresa mas ilustre en este caso que la historia de nuestro saber, cuya exposicion seria, no ya una seca relacion de nuestros mé-

ri-

ritos literarios, sino otro código de instauracion ni desemejante, ni ménos oportuno que el del célebre Canciller de Inglaterra? Porque no todo lo que propuso este gran varon se apoyó en experiencias y exemplos prácticos que asegurasen la utilidad de sus documentos; ni aunque se celebren se leen ó practican, sucediéndole lo que á los grandes Generales, cuyas victorias duran en la celebridad de los hombres; pero ninguno de los que despues viven se toma el trabajo de averiguar y seguir sus estilos en la formacion y disciplina de los exércitos.

La curiosidad humana, saliendo con lentitud al principio de las prisiones de la rudeza, estimulada por la necesidad, despues que socorrió las congojas de esta, y proveyó al hombre de los auxilios que necesitaba para su cómoda conservacion, partió rápidamente á introducirse en los paises de la conjetura, y yendo en busca de la verdad, extraviada siguió solo las sombras y imágenes de ella. No hay duda, debieron los mortales al penetrante vigor de su entendimiento la seguridad, la conveniencia, el bien, que contemplado de infinitos modos, y mirado
por

por innumerables semblantes, á fuerza de racionios ha venido á ser el efecto de una muchedumbre de convinaciones, fatales pero durables testigos á un tiempo mismo de la grandeza del hombre y de su debilidad. Sus mismos descubrimientos le encaminaban al término de la felicidad que buscaba; y hubiera sido feliz si supiera detener los pasos á su precipitacion. Mas ¿en qué tiempo fué el destino de esta voluble criatura contenerse en los límites de lo que necesita para su bien, y conservar las cosas en el estado conveniente á su uso? Halla los remedios, y corrompiendo en el instante el antídoto, con lo mismo que creyó hacerse feliz se hace miserable. Aumenta sus necesidades despues de expeler las que le oprimian. Corre inconsiderado á un extremo huyendo de otro. Busca la línea del bien, y pasando ciego sobre ella, la pisa y dexa detras de sí. Se aparta tímido de la infelicidad, y inventa nuevas infelicidades que sufre animosamente porque son hijas de su capricho y no de la naturaleza. Convierte en ostentacion el abrigo: en crápula la sazon de los alimentos: la cultura

en

en afeminacion liviana : reduce á ceremonias frívolas los vínculos de la sociedad : hace necesidad de la profusion : alaba la virtud , y sujeta la estimacion al trage : castiga á un vandido , y llama héroe á un usurpador magnífico : sus acciones son una perpetua contradiccion de los sentimientos que profesa en el labio ; y su vida no es mas que una continua repugnancia entre lo que cree y lo que practica. ¿ Qué puede ser la sabiduría en un ánimo que tan desatinadamente se daña con los mismos bienes que busca para su provecho , y tiene en sí , no sé por cuál especie de fatalidad , el amargo destino de corromper aquellos medios que él mismo halla para vivir con ménos congojas ? De entre los horrores de la discordia salió la soberanía fundando las repúblicas y los imperios, que afirmados en los cimientos de la legislacion , establecieron aquella seguridad que hoy gozamos , debida ménos á nuestra voluntad , que al cuidado de la Providencia. Dividióse la atencion política en diversos objetos , ya internos , ya externos , á que daba materia esta grande y universal sociedad de naciones. Va-

D

ro-

rones que no tuviéron mas filosofía que las inspiraciones rectas de la luz natural, introduxéron la cultura y virtud en algunas sociedades con pequeño número de leyes, cuyas prisiones fuesen seguridad, y no yugo de los que habian de obedecerlas: modificáron diestramente las sociedades que ya halláron formadas, y á semejanza del hábil piloto, no destruyéron la nave del Estado para construirla á su modo de nuevo, sino que dándola varios movimientos, la encamináron por los mejores rumbos. Nació mucho despues la Filosofía, y con ella el arrogante desprecio de quanto habian pensado y establecido los que no se anticipáron á aplicarse el misterioso título de Filósofos. En el instante, sin consideracion á las relaciones siempre alterables que hay entre los Estados, y á lo instable y vario de los aspectos que cada uno de ellos suele tomar de siglo en siglo, se viéron nacer sistemas, no de la correccion, sino del trastorno de la comunidad, nivelando las legislaciones con la cuerda uniforme de unos principios fixos, como si fuese posible que los hombres durasen siempre en unas mismas costum-

tumbres y pensamientos. Su ambicion de enseñar, disfrazada con máscara de zelo, no les permitia ver que la política no es el arte de fundar repúblicas, negocio que ha estado en todos tiempos al cargo de la violencia, de la rebelion ó de la casualidad, sino la prudencia en introducir y mantener la felicidad en el Estado; deduciéndola de su misma constitucion, y afirmándola en sus principios fundamentales. Grave Platon, sutil Aristóteles, y tú no sé si digno de acompañarte con ellos, fastidiosamente ponderado Montesquieu, ¿á qué Estados de los que hoy existen podrán aplicarse vuestras meditaciones, de tal suerte que perpetuamente produzcan el bien á que decís que las encamináis? Una irrupcion de Septentrionales trueca el modo á la dominacion. El Czar Pedro hace hombres á los Moscovitas: alteranse los intereses, por sola esta mutacion, en una region inmensa dividida en diferentes dominios. Quando llega esto á verificarse, ¿qué mérito les queda á vuestros preceptos?

Esta es la política de los Filósofos, de aquellos varones graves con cuya posesion se ilus-

tran y glorían las naciones que se llaman sabias. Y por ventura ¿es otro su método en los demas ramos de la sabiduría? Ellos han querido introducir otras tantas religiones, quantas son sus sectas, como si el conocimiento y adoracion de un Dios, intereses principalísimos de la vida, hubiesen de estar sujetos á las averiguaciones de una tenebrosa razon, á quien, quando no desatina como acostumbra, el conocimiento de una menuda verdad suele costar á veces siglos enteros y convinaciones innumerables. ¿Hay acaso alguna recomendable distincion entre las deydades de los Filósofos, y las que forxó la ignorancia de los idólatras, para que aquellos hayan de ser la admiracion, y estos el oprobio de la racionalidad? Todas son sueños, todas delirios: diferéncianse en la nomenclatura, no en el valor. ¿Quién no ve la misma vanidad en el Eter de los Estoycos, que en el Jove de Homero? Oygo ponderar la excelencia filosófica de nuestro siglo. Téngala en buen hora por mí. Pero yo no le veo ménos fecundo en caprichos. En la filosofía actual todas las religiones se enseñan, ménos

nos

nos la que representa á Dios con mayor grandeza, y contiene en sí la moral mas santa, pura, y sublime que hasta ahora se ha conocido. Ni siguió otro estilo la antigüedad. Tácito fué tal vez mas indulgente con el Cocodrilo de los Egipcios, que con el Adonai de los Israelitas. ¿Será siempre el destino de la religion verdadera ser perseguida de estos que se llaman patrocinautores de la verdad? Los decantados aumentos filosóficos de nuestros dias lo han sido realmente en el aumento de los númenes: no se ha entiviado aun la furia de inventar Dioses y predicar cultos, con haber mas de veinte y quatro siglos que principió. ¿Pretenderán estos ilustres genios, y los que por la excelencia de sus doctrinas pesan el mérito literario de las naciones, que cada uno de los hombres crea y siga los dogmas de todos ellos? ¡Oh, qué religion resultaria tan magnífica y conseqüente! Se burlan de los cultos establecidos, porque ven no sé qué sombras de inverosimilitud en las revelaciones; y haciéndose nuevos apóstoles de dogmas repugnantes y contradictorios, llaman hallazgos de la razon

á



á los que son extravíos de ella ; racional conocimiento de la Divinidad , á lo que es una manifiesta corrupción de aquel instinto , un tiempo puro , hoy ya obscurecido y rodeado de incertidumbre , que inspira en el hombre las primitivas ideas de religion. Substituyen al Dios de Moysés el de Espinosa ; á la moral de Jesu-Christo , la rebelion contra la moral : buscan exemplos en los salvages para disminuir el crédito de los sentimientos universales de la conciencia ; dan nombre de religion al no tener ninguna ; porque al fin ¿ qué me aprovecha que me hablen de Dios y de obligaciones , si sus ideas en estos puntos , de cuya certidumbre pende la felicidad humana , son inciertas , vagas , obscuras , indecisas , á veces absurdas , y siempre apropósito solo para entretener el ocio de un número de caviladores , y no para uso de la vida civil y activa ? El oficio de la Filosofía debia ser ; auxiliando la santidad de los ritos , desterrar de ellos la supersticion ; y quando ve que los hombres son llevados al culto por una irresistible inclinacion de su natutaleza , exâminar , no quáles religiones son mas aco-

mo-

modadas á las diferencias de los climas y Estados, sino cuál es entre todas mas acomodada á las leyes de la racionalidad, mas digna del hombre y del Dios que debe adorarse, mas conforme á aquel orden á que están destinadas las criaturas que gozan de razon. ¿Desmereceria algo el esplendor de estos talentos amantes de la singularidad, porque persuadiesen á los hombres, que pues no saben vivir sin culto, adopten el mas puro entre los que existen? Pero la Filosofía ha siglos que está destinada á llevar por un mismo término á la verdad que al error. ¿Y deberá España sonrojarse por carecer de este linage de ciencia?

Pero ¡oh, que no poseemos grandes Filósofos naturales! ¡Qué nuestra lengua y observacion no ostentan aquel portentoso número de volúmenes, en que tienen las regiones del Sena y del Támesis, como en sagrado depósito, descifrados los misterios de la madre Naturaleza! ¡Que nos vemos forzados á sellar el labio, y baxar los ojos quando nos echan en cara nuestro descuido en este gallardo ramo de la Filosofía, con tanta utilidad cultivado en toda la Europa....!

¿Con

¿Con tanta utilidad? No nos deslumbremos. Sapientísimos Naturalistas, intérpretes fieles de las obras del Ente infinito: una hermosísima claridad baña el gabinete donde ahora estoy escribiendo, que me hace distinguir los objetos que me rodean. ¿Qué viene á ser este fenomeno? Esa claridad es la luz. Bellamente: sé que se llama luz la claridad; pero ¿de dónde proceden esta y aquella? La luz es el fuego.... pero ¿qué es el fuego? La luz es la materia etérea; pero ¿qué viene á ser esa materia? La luz es un cuerpo sutilísimo y rapidísimo; pero ¿de dónde le vienen la sutileza y rapidez? La luz es una materia luminosa.... Ya lo he oido; pero esa *luminosidad*; ese esplendor, esa facultad de hacer visibles los cuerpos ¿qué es, de dónde le nace, con qué impulso obra....? Ciertamente no faltará aquí alguna qualidad oculta, algun elemento sutil, ó algun movimiento del Eter; pero entretanto yo me quedo sin saber qué es la luz.

La ciencia humana en la mayor parte no es mas que una tienda de apariencias, donde la espléndida exterioridad de los géneros engaña á la vista, y da visos de gran valor á unas
ma-

materias fútiles en sí y caducas. Este engaño, que es comun en mucha parte de lo que el hombre procura descubrir con el racionio, es como peculiar y casi inevitable en los descubrimientos de la Física. ¿Qué saben todavía los Filósofos del íntimo artificio de la Naturaleza, despues de veinte y quatro siglos de observaciones? Exâgeramos nuestras ventajas en estas materias sobre la antigüedad; y como si fuera culpa errar en lo que no se puede saber, pagamos ingratamente á las naciones que trasladaron á nosotros todas las artes útiles á la vida, porque no pusieron la Atraccion entre los principios físicos. Pero tal procedimiento es injusto y presuntuoso. En los seres que componen el mundo visible jamas alcanzaremos mas que lo que en ellos se pueda numerar y medir. Los principios constitutivos que dan origen á las acciones de la Naturaleza, se esconden obstinadamente en el pozo de Demócrito; y los razonamientos que se hagan sobre ellos, nunca serán sino adivinaciones agradables, propias para dar pasto de siglo en siglo á la curiosidad humana, mas solícita en conjeturar lo impenetrable,

ble, que en deducir lo que se facilita al conocimiento. Redúzcanse á cuerpo las que son realmente verdades en la Física, y vea la vanidad de algunas naciones si tiene motivo justo para desdeñarse del comercio con la antigüedad, y para tratar de ignorante á España porque no se ha inclinado á ignorar con ostentacion. No crea precipitadamente ninguno de mis Españoles que en su Península, aunque no tan rica en depósitos de experimentos, se sabe ménos Física que en Francia ó Inglaterra. No se dexede deslumbrar con los ásperos cálculos é intrincadas demostraciones geométricas, con que, astuto el entendimiento, disimula el engaño con los disfraces de la verdad. El uso de las Matemáticas es la Alquimia en la Física, que da apariencias de oro á lo que no lo es. Tambien acá sabemos el arte de forzar los elementos á que obren, y juntar el cálculo á la observacion. Tambien sabe España desmenuzar los cuerpos, exâminar sus partes, medir sus períodos, y seguir el callado curso de la Naturaleza en el admirable artificio de sus efectos y transmutaciones. Pero no por eso cree que su ciencia física

pa-

pase mucho mas allá de la superficie de las cosas; ni entiende que de las causas físicas puedan saberse mas, que las que son efecto de otras causas que negó á la comprehension del hombre el Dios que le crió, mas para que obedeciese sus decretos, que para que escudriñase sus designios. Las leyes del movimiento no me explican qué es movimiento. Mido las alternativas del tiempo en las estaciones, y no sé qué es esta alternacion. Calcúlo el giro de los astros, y me es impenetrable la causa por qué giran. Observo que el ayre es grave, que la agua es grave, y no comprehendo la esencia de la gravedad. ¿Y quién logrará jamas desentrañar aquellos principios activos que dan fundamento á la constante accion y círculo de la Naturaleza; qué fuerza hace crecer al árbol, sentir al bruto, obrar los seres con peculiarísima distincion sin confundir sus operaciones ni aun entre sus mismas especies; seguir cada ente unas leyes singularísimas en su existencia, duracion y trasmutaciones; misterios que no entran en la jurisdiccion de la mecánica, ó geometría, y son, con todo eso, los muelles ocultos

tos que producen aquel concierto y correspondencia de obras en esta grande y siempre incomprehensible máquina del universo? Vuelvo á repetirlo. Sin tanto esplendor ignoramos acá lo que en otros países con grande pompa y aparato : que si en la ciencia física , como en las demas, no debe contarse por parte científica lo opinable, lo incierto, lo hipotético, lo que porfiadamente se niega á la inteligencia; ignorar esto de propósito, ó resolverse á no desperdiciar el vigor del juicio en averiguar cosas que ni se permiten á la comprehension, ni pueden producir utilidad conocida, no tanto es aborrecer la ciencia, como desestimar sus superfluidades. Sabe Física la nacion que sabe las verdades de ella : y la justa sobriedad en abstenerse de lo inaveriguable, será solo delito entre los que llamen ciencia á la conjetura, y estimen la profusion hasta en el desperdicio del entendimiento.

Mas, qué: ¿España no ha sido jamas superflua en su sabiduría? ¿se ha contenido siempre dentro de los límites de lo útil y verdadero? ¿se hallan solo depositadas en los volú-
me-

menes de sus escritores las materias que auxilián ó perfeccionan al necesitado mortal? Su inclinacion á sutilizar, y su tenaz apego al Escolasticismo ¿no tienen desacreditados sus métodos y libros en toda Europa? ¿Qué utilidad puede ofrecer en sí la literatura de una nacion en que hasta los Poetas hacen profesion de metafísicos, y los Filósofos componen un espeso ejército de Escolásticos, disputadores frívolos, en cuyas Obras, como en una sentina científica yacen estancadas la sofistería, la incultura, y la vanidad....? No imitarémos la jactancia de muchos de nuestros convecinos. No todo lo que se sabe en España es útil, sólido, bello, recomendable. ¿Y dónde está la nacion, que haciendo profesion de sábia, ha sabido reducir su aplicacion á las márgenes de la verdad deleytable ó deleyte útil? El achaque de la superfluidad ha acompañado á las ciencias desde su misma cuna: con él han trasmigrado á las regiones que sucesivamente han ido adoptándolas; y con él permanecerán hasta la consumacion de los tiempos, si ya por un milagro de la Omnipotencia no viste el hombre distinto ser,

ser, ó se resuelve á ser verdaderamente hombre. Engañáronse en sus descubrimientos los primeros maestros de las doctrinas, y fundando las ciencias, tuviéron la desgracia de enviárnoslas en la mayor parte inútiles. Alteradas las formas y objetos del saber en diversos siglos, han podido variar el aspecto á la sabiduría, pero no destruir el vicio que contraxo en la primitiva institucion. La pomposa Grecia apenas vió en sus escuelas sino caprichos expuestos con admirable orden y enérgica magestad de palabras. Imitóla el Romano, que émulo tan temible en las cosas grandes, como en las menudas, despues de subyugar á Atenas, quiso tambien usurparla las bachillerías de sus Filósofos. ¿Qué daños no produce un vicio quando se propaga? porque pervirtiéndose cada vez mas en el proceso de su propagacion, daña hasta las mismas partes sanas por donde se dilata, y absolutamente destruye quanto entra debaxo de su dominio.

Una nueva dominacion levantada en Asia por un torpe é ignorante impostor, pero que tuvo la suerte de tropezar con gentes todavía
mas

mas torpes é ignorantes , despues de un siglo de enemistad con las ciencias , las busca al fin entre las reliquias del caduco ya y vacilante Imperio de Constantino. El favor de Almamun , Augusto de los Kalifas , ofrecido á los estudiosos y á los estudios con pródiga y desembarazada munificencia , sea por inclinacion , ó porque desease desviarse en todo de la feroz política de los Omniadas , atraxo á la Corte de aquel Príncipe pequeño número de doctos Griegos , que pasáron á hacer estimable entre bárbaros el saber que yacia abatido ya en las regiones , donde en tiempos mas florecientes habia sido perficionado. Dedicáronse algunos á hacer árabes los libros de Grecia : aventuráronse otros á tratar en árabe las materias originalmente : introduxose la Cala ó arte de la disputa , abusando ya con extremada prolixidad de la Dialéctica , ú órgano de las controversias de los antiguos Peripatéticos. El gusto á las ciencias se hizo general ; pero los frutos que venian ya maleados en parte desde la Grecia , trasplantados á un terreno inculto , árido , sin preparacion , degeneráron enteramente , y lo que fué cien-



ciencia, se convirtió en sofistería verbosa y semibárbara. Perdió la Filosofía los antiguos ornamentos que la hermoseaban, y conservó solo los defectos de sus opiniones, debates é incertidumbres. Ninguna cosa mas espléndida, mas bella, mas agradable que la Filosofía de los Griegos hasta en sus delirios: ninguna mas torpe, mas fea, mas inelegante que la de los Árabes, cuya natural incultura unida al ansia de curiosear, produjo un saber ménos culto, que imitado por quienes, en vez de mejorarle, le acabáron de pervertir, ha tenido despues largos tiempos oprimidos los vuelos del entendimiento, y perdido el buen gusto y la elegancia de las doctrinas en el escabroso laberinto de las disputas.

Tres siglos habia que el orbe sabio no entendía apénas en otros estudios, que en los que habian nacido del establecimiento del Christianismo, quando cayendo sobre España, á principios del octavo, un espeso ejército de Mahometanos, sus caudillos, acompañados de algunos doctos en la ciencia árabe, viniéron á establecer en ella con el nuevo imperio el gusto

é índole de sus doctrinas. Habian ya pasado los amenos dias de los Sénecas, Lucanos, Porcios, Marciales, Columelas; y habia sucedido la religiosa austeridad de los Concilios y arduas interpretaciones de la voz de Dios, en que ocupada la atencion de los grandes varones de aquellos tiempos, quedáron como abandonadas las artes filosóficas, y las de humanidad casi pervertidas con la mezcla de la barbarie goda. Las letras profanas, consideradas como inútiles si no se hacian servir á la Teología, vistiéron una especie de trage religioso, que al mismo tiempo que las consagró, las encogió primero, y despues las olvidó de lo que habian sido. Nada era útil, nada digno del entendimiento, si no se aplicaba á la confirmacion ó explicacion de los dogmas y de la moral. Fixado en Europa el imperio de los Septentrionales, dando el último golpe á la dominacion Romana, extendió tambien á su lengua la desolacion; y corrompiéndola, arruinó del todo la eloqüencia latina, y con ella la ingenuidad y esplendor de las artes. Poesía, Oratoria, Matemáticas, Filosofía, y las que pendiendo de estas juntan

E

la